

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

1811

ESTORIAS ANTIGUAS

ANTIGUAS Y MODERNAS
NACIONALES Y EXTRANJERAS

TOMO XV

BIBLIOTECA UNIVERSAL

ESTORIAS ANTIGUAS Y MODERNAS

1811

DE DON PEDRO JOSE DE LAHNA (1753-1820)

MADRID

MADRID

LIBRERIA DE LA ADMINISTRACION
CALLE DE SAN MARTIN, 13

1811

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

—
COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

—
TOMO XV.
—

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES Y POLÍTICOS

POR

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA (FÍGARO).

TOMO SEGUNDO.

—
MADRID.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle de las Hileras, número 14.

1875.

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

ESTRATA

MEJORES AUTORES

ARTISTAS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO XV

ARTICULOS DE ECONOMIA Y POLITICA

POR

DON MARIANO JOSE DE LARRA (FIGARO)

TOMO SEGUNDO

MADRID

Madrid, 1875.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.^{ta},
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

MODOS DE VIVIR

QUE NO DAN DE VIVIR.

OFICIOS MENUDOS.

Considerando detenidamente la construcción moral de un gran pueblo, se puede observar que lo que se llama *profesiones conocidas ó carreras*, no es lo que sostiene la gran muchedumbre: descártense los abogados y los médicos, cuyo oficio es vivir de los disparates y excesos de los demás; los curas, que fundan su vida temporal sobre la espiritual de los fieles; los militares, que venden la suya con la expresa condicion de matar á los otros; los comerciantes, que reducen hasta los sentimientos y pasiones á valores de bolsa; los nacidos propietarios, que viven de heredar; los artistas, únicos que dan trabajo por dinero, etc., etc.; y todavía quedará

una multitud inmensa que no existirá de ninguna de esas cosas, y que sin embargo existirá: su número en los pueblos grandes es crecido, y esta clase de gentes no pudieran sentar sus reales en ninguna otra parte; necesitan el ruido y el movimiento, y viven, como el pobre del Evangelio, de las migajas que caen de la mesa del rico. Para ellos hay una rara superabundancia de pequeños oficios, los cuales, no pudiendo sufragar por sus cortas ganancias á la manutencion de una familia, son más bien *pretextos de existencia* que verdaderos oficios: en una palabra, *modos de vivir que no dan de vivir*: los que los profesan son, no obstante, como las últimas ruedas de una máquina, que sin tener á primera vista grande importancia, rotas ó separadas del conjunto, paralizan el movimiento.

Estos seres marchan siempre á la cola de las pequeñas necesidades de una gran poblacion, y suelen desempeñar diferentes cargos, segun el año, la estacion, la hora del dia. Esos mismos que en Noviembre venden ruedas ó zapatillas de orillo, en Julio venden horchata, en verano son bañeros del Manzanares, en invierno cafeteros ambulantes: los que venden agua en Agosto vendian en carnaval cartas y garbanzos de pega, y en Navidades motes nuevos para damas y galanes.

Uno de estos *menudos oficios* ha recibido últimamente un golpe mortal con la sábia y filantrópica institucion de San Bernardino; y es gran dolor, por cierto, pues que era la introduccion á los demas, es decir, el oficio de exámen, y el más fácil. Quiero hablar de la candela: una numerosa turba de muchachos, que podria en todo tiempo tranquilizar á cualquiera sobre el fin del mundo (cuyos padres es de suponer existiesen, en atencion á lo difícil que es obtener hijos sin previos padres, pero no porque hubiese datos más positivos), se esparcian por las calles y paseos. Todas las primeras materias, todo el capital necesario para empezar su oficio se reducian á una mecha de trapos, de que llevaban siempre sobre sí mismos abundante provision: á la luz de la filosofía, debian tener cierto valor, cuando el mundo es todo vanidad, cuando todos los hombres dan dinero por humo, ellos solos daban humo por dinero. Desgraciadamente, un nuevo Prometeo les ha robado el fuego para comunicársele á sus hechuras, y este menudo oficio ha salido del gremio para entrar en el número de las profesiones conocidas, de las instituciones sentadas y reglamentadas.

Pero con respecto á los demas, dígasenos francamente si pueden subsistir con sus ganancias: aquel hombre negro y mal en-

carado, que con la balanza rota y la alforja vieja parece, según lo maltratado, la imagen de la justicia, y cuya profesion es dar *higos* y *pasas* por *hierro viejo*; el otro que siempre detras de su acémila, y tan inseparable de ella como alma y cuerpo, no vende nada, ántes compra... *palomina*, —capitalista verdadero, coloca sus fondos, y tiene que revender despues, y ganar en su preciosa mercancía; ha de mantenerse él y su caballería, que al fin son dos aunque parecen uno, y eso suponiendo que no tenga más familia—; el que vende *alpiste* para *canarios*, el que pregona *pajuelas*, etc., etcétera.

Pero entre todos los modos de vivir ¿qué me dice el lector de la traperera que con un cesto en el brazo y un instrumento en la mano recorre á la madrugada, y aún más comunmente de noche, las calles de la capital? Es preciso observarla atentamente. La traperera marcha sola y silenciosa: su paso es incierto como el vuelo de la mariposa: semejante también á la abeja, vuela de flor en flor (permítaseme llamar así á los portales de Madrid, siquiera por figura retórica, y en atencion á que otros hacen peores figuras, que las debieran hacer mejores). Vuela de flor en flor, como decia, sacando de cada parte sólo el jugo que necesita. Repáresela de noche; indudable-

mente ve como las aves nocturnas: registra los más recónditos rincones, y donde pone el ojo pone el gancho, parecida en esto á muchas personas de más decente categoría que ella: su gancho es parte integrante de su persona; es, en realidad, su sexto dedo, y le sirve como la trompa al elefante; dotado de una sensibilidad y de un tacto exquisitos, palpa, desenvuelve, encuentra; y entónces, por un sentimiento simultáneo, por una relacion simpática que existe entre la voluntad de la trapera y su gancho, el objeto útil, no bien es encontrado, ya está en el cesto. La trapera, portanto, con otra educacion sería un excelente periodista y un buen traductor de Scribe: su clase de talento es la misma: buscar, husmear, hacer propio lo hallado; solamente mal aplicado: hé abí la diferencia.

En una noche de luna el aspecto de la trapera es imponente: alargad el gancho, hacedlo guadaña, y al verla entrar y salir en los portales alternativamente, parece que viene á llamar á todas las puertas, precursora de la parca. Bajo este aspecto hace en las calles de Madrid los oficios mismos que la calavera en la celda del religioso: invita á la meditacion, á la contemplacion de la muerte, de que es viva imágen.

Bajo otros puntos de vista se puede

comparar á la trapera con la muerte: en ella vienen á nivelarse todas las jerarquías: en su cesto vienen á ser iguales como en el sepulcro Cervántes y Avellaneda: allí, como en un cementerio, vienen á colocarse al lado los unos de los otros: los decretos de los reyes, las quejas del desdichado, los engaños del amor, los caprichos de la moda: allí se reúnen por única vez las poesías, releídas, de Quintana, y las ilegibles de A.***: allí se sondea Calderon y C.***: allá van juntos Moratin y B.*** La trapera, como la muerte, *equo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres*. Ambas echan tierra sobre el hombre oscuro, y nada pueden contra el ilustre: ¡de cuántos bandos ha hecho justicia la prima! ¡de cuántos banderos la segunda!

El cesto de la trapera, en fin, es la realización, única posible, de la fusión, que tales nos ha puesto. *El Boletín de Comercio* y *La Estrella*, *La Revista* y *La Abeja*, las metáforas de Martínez de la Rosa y las interpe-laciones del conde de las Navas, todo se funde en uno dentro del cesto de la trapera.

Así como el portador de la candela era siempre muchacho y nunca envejecía, así la trapera no es nunca joven: nace vieja: estos son los dos oficios extremos de la vida, y como la Providencia, justa, destinó á

la mortificación de todo bicho otro bicho en la naturaleza, como crió el sacre para daño de la paloma, la araña para tormento de la mosca, la mosca para el caballo, la mujer para el hombre, y el escribano para todo el mundo, así crió en sus altos juicios, á la trapera para el perro. Estas dos especies se aborrecen, se persiguen, se ladran, se enganchan y se venden.

Ese sér, con todo, ha de vivir, y tiene grandes necesidades, si se considera la carrera ordinaria de su existencia anterior; la trapera, por lo regular (ántes por supuesto de serlo), ha sido jóven, y áun borita; muchacha, freia buñuelos, y su hermosura la perdió. Fea, hubiera recorrido una carrera oscura, pero acaso holgada; hubiera recurrido al trabajo, y éste la hubiera sostenido. Por desdicha, era bien parecida, y un chulo de la calle de Toledo se encargó en sus verdores de hácersele creer; perdido el tino con la lisonja, abandonó la casa paterna (taberna muy bien acomodada), y pasó á naranjera. El chulo no era eterno, pero una naranjera siempre es vista; un caballereite fué de parecer de que no eran naranjas lo que debía vender, y le compró una vez por todas todo el cesto; de allí á algun tiempo, queriendo desasirse de ella, la aconsejó que se ayudase, y reformada ya de trajes y cos-

tumbres, la recomendó eficazmente á una modista; nuestra heroína tuvo diez años felices de modistilla; el pañuelo de labor en la mano, el *fichú* en la cabeza, y el galan detras, recorrió las calles y un tercio de su vida; pero cansada del trabajo, pasó á ser prima de un procurador (de la curia), que, como pariente, la alhajó un cuarto; poco despues el procurador se cansó del parentesco, y le procuró una plaza de corista en el teatro. Esta fué la época de su apogeo y de su gloria; de señorito en señorito, de marqués en marqués, no se hablaba sino de la hermosa corista. Pero la voz pasa, y la hermosura con ella, y con la hermosura los galanes ricos; entónces empezó á bajar de nuevo la escalera hasta el último piso, hasta el piso bajo; luégo mudó de barrios hasta el hospital; la vejez, por fin, vino á sorprenderla entre las privaciones y las enfermedades, el hambre le puso el gancho en la mano, y el cesto fué la barquilla de su naufragio. Bien dice Quintana:

¡Ay! ¡infeliz de la que nace hermosa!

Llena, por consiguiente, de recuerdos de grandeza, la traperera necesita ahogarlos en algo, y por lo regular los ahoga en aguardiente. Esto complica extraordinaria-

mente sus gastos. Desgraciadamente, aunque el mundo da tanto valor á los trapos, no es á los de la trapera. Sin embargo, ¡qué de veces lleva tesoros su cesto! ¡Pero tesoros impagables!

Ved aquel amante, que cuenta diez veces al dia y otras tantas á la noche las piedras de la calle de su querida. Amelia es cruel con él: ni un favor, ni una distincion, alguna mirada de cuando en cuando..... algun..... nada. Pero ni una contestacion de su letra á sus repetidas cartas, ni un rizo de su cabello que besar, ni un blanco cendal de batista que humedecer con sus lágrimas. El desdichado daría la vida por un harapo de su señora.

¡Ah! ¡mundo de dolor y de trastruques! La trapera es más feliz: ¡Mírala entrar en el portal, mírala mover el polvo!!! El amante la maldice: durante su estancia no puede subir la escalera: por fin, sale, y el imbécil entra, despreciándola al pasar. ¡Insensato! esa que desprecia lleva en su banasta, cogidos á su misma vista, el pelo que le sobró á Amelia del peinado aquella mañana, una apuntacion antigua de la ropa dada á la lavandera, todo de su letra (la cosa más tierna del mundo), y una gola de linon hecha pedazos..... ¡Una gola!!! Y acaso el borrador de algun billete escrito á otro amante.

Alcánzala, busca; el corazon te dirá cuáles son los afectos de tu amada. Nada. El amante sigue pidiendo á suspiros y gemidos las tiernas prendas, y la trapera sigue pobre su camino. Todo por no entenderse. ¡Cuántas veces pasa así nuestra felicidad á nuestro lado, sin que nosotros la veamos!

Me he detenido, distinguiendo en mi descripción á la trapera entre todos los demas menudos oficios, porque realmente tiene una importancia que nadie le negará. Enlazada con el lujo y las apariencias mundanas por la parte del trapo, é íntimamente unida con las letras y la imprenta por la del papel, era difícil no destinarle algunos párrafos más.

El oficio que rivaliza en importancia con el de la trapera, es, indudablemente, el del *zapatero de viejo*.

El zapatero de viejo hace su nido en los rincones de los portales; allí tiene una especie de gruta, una socavacion subterránea, las más veces sin luz ni pavimento. Al rayar el alba, fabrica, en un abrir y cerrar de ojos, su taller en un ángulo (si no es lúnes): dos tablas unidas componen su recinto: una mala banquetta, una vasija de barro para la lumbre, indispensablemente rota, y otra más pequeña para el agua en que ablanda la suela, son todo su *menaje*; el cajon de las leznas á un lado, su delan-

tal de cuero, un calzon de pana y medias azules, son sus signos distintivos. Antes de extender la tienda de campaña, bebe un trago de aguardiente, y cuelga con cuidado á la parte de afuera una tabla, y de ella pendiente una bota inutilizada; cualquiera al verla creeria que quiere decir: *«aquí se estropean botas.»*

No puede establecerse en un portal sin previo permiso de los inquilinos; pero como regularmente es un infeliz, cuya existencia depende de las gentes que conoce ya en el barrio, ¿quién ha de tener el corazon tan duro para negarse á sus importunidades? La señora del cuarto principal, compadecida, lo consiente; la del segundo, en vista de esa primera proteccion, no quiere chocar con la señora condesa: los demas inquilinos no son siquiera consultados. Así es que empiezan por aborrecer al zapatero, y desahogan su amor propio resentido en quejas contra las aristocráticas vecinas. Pero, al cabo, el encono pasa; sobre todo, considerando que desde que se ha establecido allí el zapatero, á lo ménos está el portal limpio.

Una vez admitido, se agarra á la casa como un alga á las rocas; es tan inherente á ella como un balcon ó una puerta; pero se parece á la hiedra y á la mujer: abraza para destruir. Es la víbora abrigada en el

pecho; es el raton dentro del queso. Por ejemplo: canta y martillea, y parece no hacer otra cosa. ¡Error! Observa la hora á que sale el amo, qué gente viene en su ausencia, si la señora sale periódicamente, si va sola ó acompañada, si la niña balconea, si se abre casualmente alguna ventanilla ó alguna puerta con tiento cuando sube tal ó cual caballero: ve quién ronda la calle, y desde su puesto conoce al primer golpe de vista, por la inclinacion del cuello y la distancia del *cuyo*, el piso en que está la intriga. Aunque viejo, dice chicoleos á toda criada que sale y entra, y se granjea, por tanto, su buena voluntad: la criada es al zapatero lo que el anteojo al corto de vista: por ella ve lo que no puede ver por sí, y reunido lo interior y exterior, suma y lo sabe todo. ¿Se quiere saber la causa de la tardanza de todo criado ó criada que va á un recado? ¿Hay zapatero de viejo? No hay que preguntarla. ¿Tarda? Es que le está contando sus rarezas de usted, tirano de la casa, y lo que con usted sufre la señora, que es una malva la infeliz.

El zapatero sabe lo que se come en cada cuarto, y á qué hora. Ve salir al empleado en rentas por la mañana, disfrazado con la capa vieja, que va á la plaza en persona, no porque no tenga criada, sino porque el sueldo da para estar servido, pero

no para estar sisado. En fin, no se mueve una mosca en la manzana sin que el buen hombre la vea: es una red la que tiende sobre todo el vecindario, de la cual nadie escapa. Para darle más extension, es siempre casado, y la mujer se encarga de otro menudo oficio: como casada no puede servir, es decir, de criada, pero sirve de lo que se llama *asistenta*; es conocida por tal en el barrio. ¿Se despidió una criada demasiado bruscamente y sin dar lugar al reemplazo? Se llama á la mujer del zapatero. ¿Hay un convite que necesita aumento de brazos en otra parte? ¿Hay que dar de prisa y corriendo ropa á lavar, á coser, á planchar, mil recados, en fin, extraordinarios? La mujer del zapatero, el zapatero.

Por la noche el marido y la mujer se reúnen y hacen fondo comun de hablillas; ella da cuenta de lo que ha recogido su policía, y él, sobre cualquier friolera, la pega una paliza, y hasta el dia siguiente. Esto necesita explicacion: los artesanos, en general, no se embriagan más que el domingo y el lunes, algun dia entre semana, las pascuas, los dias de santificar, y por este estilo; el zapatero de viejo es el único que se embriaga todos los dias. Esta es la clave de la paliza diaria: el vino que en otros se sube á la cabeza, en el zapatero de viejo se

sube á las espaldas de la mujer, es decir, que se trasiega.

Este hermoso matrimonio tiene numerosos hijos, que enredan en el portal, ó sirven de pequeños nudos á la gran red pescadora.

Si tiene usted hija, mujer, hermana ó acreedores, no viva usted en casa de zapatero de viejo. Usted al salir le dirá: *observe usted quién entra y quién sale de mi casa*. A la vuelta ya sabe quién debe sólo decir que ha estado, ó *habrá salido un momento fuera, y como no haya sido en aquel momento.....* Usted le da un par de reales por la fidelidad. Par de reales que, sumados con la peseta que le ha dado el que no quiere que se diga que entró, forma la cantidad de seis reales. El zapatero es hombre de revolucion, despreocupado, superior á las preocupaciones vulgares, y come tranquilamente á dos carrillos.

En otro cuarto es la niña la que produce: el galan no puede entrar en la casa, y es preciso que álguien entregue las cartas; el zapatero es hombre de bien, y por tanto no hay inconveniente: el zapatero puede además franquear su cuarto, puede..... ¡qué sé yo qué puede el zapatero!

Por otra parte los acreedores y los que persiguen á su mujer de usted, saben por su conducto si usted ha salido, si ha vuel-

to, si se niega, ó si está realmente en casa. ¡Qué multitud de atenciones no tiene sobre sí el zapatero! ¡Qué tino no es necesario en sus diálogos y respuestas! ¡Qué corazón tan firme para no aficionarse sino á los que más pagan!

Sin embargo, siempre que usted llega al puesto del zapatero, está ausente; pero de allí á poco sale de la taberna de enfrente, adonde ha ido un momento á echar un trago. Semejante á la araña, tiende la tela en el portal y se retira á observar la presa al agujero.

Hay otro zapatero de viejo, ambulante; que hace su oficio de comprar desechos..... pero éste regularmente es un ladrón encubierto, que se informa de ese modo de las entradas y salidas de las casas, de..... en una palabra, no tiene comparacion con nuestro zapatero.

Otra multitud de oficios menudos merecen aún una historia particular, que les haríamos si no temiésemos fastidiar á nuestros lectores. Ese emjambre de mozos y sirvientes que viven de las propinas, y en quienes consiste que ninguna cosa cueste realmente lo que cuesta, sino mucho más; la abaniquera de *abanicos de novia* en el verano, á cuarto la pieza; la mercadera de *torrados* de la Ronda; el de los *tirantes y navajas*; el cartelero que vive de estampar

mi nombre y el de mis amigos en la esquina; los comparsas del teatro, condenados eternamente á representar por dos reales barba un pueblo numeroso entre seis ó siete; el infinito *corbatines y almokadillas*, que está en todos los cafés á un mismo tiempo, siempre en aquel en que usted está, y vaya usted al que quiera; el barbero de la plazuela de la Cebada, que abre su asiento de tijera, y del aire libre hace tienda; esa multitud de *corredores de usura*, que viven de llevar á empeñar y des-
empeñar; esos músicos del anochecer, que el calendario en una mano y los reales nombramientos en otra, se van dando dias y enhorabuenas á gentes que no conocen; esa muchedumbre de maestros de lenguas á 30 reales y retratistas á 70 reales; todos los habitantes y vendedores del Rastro, las prenderas, los..... ¿no son todos menudos oficios? *Esas casamenteras de voluntades*, como las llama Quevedo.....; pero, no todo es del dominio del escritor, y desgraciadamente en punto á costumbres y menudos oficios, acaso son los más picantes los que es forzoso callar. Los hay odiosos, los hay despreciables, los hay asquerosos, los hay que ni adivinar se quisieran; pero en España ningun *oficio* reconozco *más menudo*, y sirva esto de conclusion, ningun *modo de vivir* que dé *ménos*

de vivir, que el de escribir para el público y hacer versos para la gloria. Más menudo todavía el público que el oficio, es todo lo más si para leerlo á usted le componen cien personas ; y con respecto á la gloria, bueno es no contar con ella, por si ella no contase con nosotros.

EN ESTE PAÍS.

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas, que nacen en buen hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escena y en cambio de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico, un crecido número de máquinas vivientes la repite y la

consagra, las más veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolucion.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago que son, perderse en lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase, empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; éstas sirven en las revoluciones á lisonjear á los partidos y á humillar á los caidos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condicion del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo, se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padron de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores; los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país..... esta es la frase que todos repetimos á porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos

choque en mal sentido. ¿Que quiere usted? decimos, ¡en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla *¡cosas de este país!* que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nacion? No creo que pueda ser éste su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginacion ó de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razon de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusion de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresion. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca á una transicion, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde

pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entónces ha tenido. Sucédele lo que á una jóven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazon, sin embargo, ó la naturaleza, por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfaccion tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivia, y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco ántes el encanto de su ignorante existencia.

Éste es, acaso, nuestro estado, y éste, á nuestro entender, el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos, para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos á otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aún nues-

tra ánsia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que, teniendo apetito, desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará ó no se verificará más tarde. Sustituyamos sabiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razon en decir á propósito de todo: *¡ Cosas de este país !*

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, ese petulante jóven, cuya instruccion está reducida al poco latin que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustracion que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salon del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué, no há mucho tiempo, objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitacion mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas,

tiradas aquí y allí, un espantoso desorden, de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

— Este cuarto está hecho una leonera — me dijo; — ¿Qué quiere usted? en este país..... — Y quedó muy satisfecho de la excusa que á su natural descuido habia encontrado.

Empeñóse en que habia de almorzar con él, y no pude resistir á sus instancias; un mal almuerzo, mal servido, reclamaba indispensablemente algun nuevo achaque, y no tardó en decirme: — Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo á nadie; hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate.

Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente *beef-steak* con todos los adherentes de un almuerzo á *la fourchette*; y que en París los que pagan ocho ó diez reales por un *appartement garni*, ó una mezquina habitacion en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con Champagne.

Mi amigo Periquito es hombre pesado, como los hay en todos los países, y me instó á que pasase el dia con él; y yo, que habia empezado ya á estudiar sobre aque-

lla máquina como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente, á pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que habia tenido más empeños que él. — ¡Cosas de España! — me salió diciendo al referirme su desgracia. — Ciertamente — le respondí sonriéndome de su injusticia, — porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendia habia sido dado á un hombre de más luces que él. — ¡Cosas de España! — me repitió.

Sí, porque en otras partes colocan á los necios, dije yo para mí.

Llevóme en seguida á una librería, despues de haberme confesado que habia publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habian vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: 'ni uno'.

—¿Lo ve V., Fígaro? me dijo: ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente, le contesté yo, porque

los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

Desengañese usted: en este país no se lee, prosiguió diciendo.—Y usted, que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos? le pregunté, sin embargo.

—No, señor; en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese *Diario de los Debates*, ese *Times*!!!

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto á periódicos, buenos ó malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermocean continuamente este país, y clamaba: ¡qué basura! en este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pié torpemente en un charco. «¡No hay limpieza en España!» exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo.—¡Ah! ¡país de ladrones! vociferaba indignado. Porque en

Londres no se roba; en Londres, donde en la calle acometen los malhechores á la mitad de un dia de niebla á los transeuntes.

Nos pedia limosna un pobre.—¡En este país no hay más que miseria! exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Íbamos al teatro, y—¡Oh qué horror! decia mi don Periquito con compasion, sin haberlos visto mejores en su vida: ¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café.—No entremos. ¡Qué cafés los de este país! gritaba.

Se hablaba de viajes.—¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede viajar! ¡qué posadas! ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezon de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos á mirar atras, ó no preguntan á sus papás acerca del tiempo que no está tan distante de nosotros, en que no se conocia en la córte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no habia más caminos en España que el del cielo; en que no existian más

posadas que las descritas por Moratin en el *Sí de las Niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo Pródigo, ó las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrian más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los *chorizos* y *polacos* repartian á naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar á tragos la representacion de las comedias de figuron y dramas de Comella; en que no se conocian más óperas que el Malboroug (ó Mamburú, como dice el vulgo), cantado á la guitarra; en que no se leia más periódico que el *Diario de Avisos*, y en fin..... en que.....

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelven á mirar atras porque habrian de poner un término á su maledicencia, y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos, sin embargo, de explicar nuestra idea claramente, mas que á los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oimos á un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer á un país donde las ventajas de la ilustracion se han hecho

conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspeccion examinar, nada extrañamos en su boca, si no es la falta de consideracion y áun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oimos la expresion depreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles, y de españoles, sobre todo, que no conocen más país que este mismo suyo, que tan injustamente dilaceran, apénas reconoce nuestra indignacion límites en que contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresion que no nombra á este país sino para denigrarle; volvamos los ojos atras, comparemos y nos creéremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos; sólo en este sentido opondrémos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresion que contribuye á aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor ó justicia á nuestro país, y creémosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla

cada español con sus deberes de buen patriota, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento «*¡Cosas de España!*» contribuya cada cual á las mejoras posibles; entónces este país dejará de ser tan mal tratado por los extranjeros, á cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

EL HOMBRE-GLOBO.

La física ha clasificado los cuerpos, según el estado en que los pone el mayor ó menor grado de calórico que contienen, en sólidos, líquidos y gaseosos. Así el agua es sólido en el estado de hielo, líquido en el de fluidez, y gas en el de la ebullición. Es ley general de los cuerpos la gravedad ó la atracción que ejerce sobre ellos el centro comun; es natural que esta atracción se ejerza más fuertemente en los que reúnen en menor espacio mayor cantidad de las moléculas que los componen; que éstos, por consiguiente, tengan más gravedad específica, y ocupen el puesto más inmediato al centro. Así es que en la escala de las posiciones de los cuerpos, los sólidos ocupan el puesto inferior, los líquidos el intermedio, y los gaseosos el superior. Una piedra busca el fondo de un río; un

gas busca la parte superior de la atmósfera. Cada cuerpo está en continuo movimiento para obedecer á la ley que le obliga á buscar el puesto, variable, que corresponde al grado de intensidad que adquiere ó que pierde. La nube, conforme se condensa, baja, y cuando se liquida, cae; este mismo cuerpo puesto al fuego, se dilata, y cuando se evapora y se gasifica, sube.

No trato de instalar un curso de física; lo uno, porque dudo si tengo la bastante para mí, y lo otro, porque estoy persuadido de que mis lectores saben de ella más que yo; no hago más que sentar una base de donde partir.

Igual clasificación á esta que ha hecho la ciencia de los fenómenos en los cuerpos en general, se puede hacer en los hombres en particular. Probemos.

Hay hombres sólidos, líquidos y gaseosos. El hombre sólido es ese hombre compacto, recogido, obtuso, que se mantiene en la capa inferior de la atmósfera humana, de la cual no puede desprenderse jamás. Sólo el contacto de la tierra puede sostener su vida; es el Anteo moderno, y usando de un nombre atrevido, el *hombre-raíz*, el *hombre-patata*: arrancado el terron que le cubre, deja de ser lo que es. Es el sólido de los sólidos. Toda la ausencia posible de calórico le mantiene en un es-

tado tal de condensacion, que ocupa en el espacio el menor sitio posible; gravita extraordinariamente; empuja casi hácia abajo el suelo que le sostiene; está con él en continua lucha, y le vence y le hunde. Le conocerán ustedes á la legua: su frente achatada se inclina al suelo, su cuerpo está encorvado, su propio peso le abruma, sus ojos no tienen objeto fijo, ven sin mirar, y en consecuencia no ven nada claro. Cuando una causa, ajena de él, le conmueve, produce un són confuso, bárbaro y profundo, como el de las masas enormes que se desprenden en el momento del deshielo en las regiones polares. Y como en la naturaleza no falta nunca, ni en el hielo, cierto grado de calórico, él tambien tiene su alma particular; es su grado de calórico; pero tan poca cosa, que no desprende luz; es un fuego fátuo entre otros fuegos fátuos; sirve para confundirle y extraviarle más; el *hombre-sólido*, por lo tanto, en religion, en política, en todo, no ve más que un laberinto, cuyo hilo jamas encontrará; un cáos de fanatismo, de credulidad, de errores. No es siquiera la linterna apagada; es la linterna que nunca se ha encendido, que jamas se encenderá: falta dentro el combustible. El *hombre-sólido* cubre la faz de la tierra: es la costra del mundo. Es la base de la humanidad,

del edificio social. Como la tierra sostiene todos los demas cuerpos, á los cuales impide que se precipiten al centro, así el *hombre-sólido* sostiene á los demas que se mantienen sobre él. De esta especie sale el esclavo, el criado, el sér abyecto, en una palabra, el que nunca ha de leer y saber esto mismo que se dice de él. No racioci-na, no obra, sino sirve. Sin *hombres-sólidos* no habria tiranos; y como aquéllos son eternos, éstos no tendrán fin. Es la muchedumbre inmensa que llaman pueblo, á quien se fascina, sobre el cual se pisa, se anda, se sube: cava, suda, sufre. Alguna vez se levanta, y es terrible, como se levanta la tierra en un terremoto. Entónces dicen que abre los ojos. Es un error. Tanto valdria llamar ojos de la tierra á las grietas que produce un volcan. Ni más ni ménos que una piedra, no se mueve de su sitio si no le dan un empellon; de la aldea donde nació (si es que el *hombre-sólido* nace, yo creo que al nacer no hace más que variar de forma); del café donde le pusieron á servir sorbetes; del callejon donde limpia botas; del buque donde carga las velas ó les toma rizos; del regimiento donde dispara tiros; de la cocina donde adereza manjares; de la esquina donde carga baules; de la calle donde barre escorias; de la máquina donde teje medias; del mo-

lino donde hace harina ; de la reja con que separa terrones. Es el primer instrumento adherido siempre á los demas instrumentos.

El *hombre-liquido* fluye, corre, varía de posicion ; vuela á ocupar el vacío, tiene ya mayor grado de calórico ; serpentea de continuo encima del *hombre-sólido*, y le moja, le gasta, le corroe, le arrastra, le vuelca, le ahoga. En momentos de revolucion, él es el empujado ; pero se amontona, sale de su cauce, y como el torrente que arrastra árboles y piedras, lo trastorna todo, aumentando su propia fuerza con las masas de *hombre-sólido* que lleva consigo. Pero así como el torrente no sabe la fuerza que le impele, ni si hace, al correr, daño ó provecho, así el *hombre-liquido*, al moverse, no es más que un instrumento ménos imperfecto, que subleva instrumentos más ignorantes ; pero lleno ya de pretensiones, mete ruido, desafía al cielo, enuncia una voz, produce eco. Esta es una diferencia esencial del sólido al líquido para nuestro asunto ; la piedra no suena sino cuando la impelen á rodar ; el agua murmura sólo corriendo y existiendo. La clase media de la humanidad, así tambien, va siempre murmurando. Un golpe dado en un cuerpo sólido le arranca un pedazo ; el golpe dado ya en el líquido encuentra

resistencia, produce ondas, imprime movimiento. Hé aquí otra observacion. El golpe dado al pueblo simplemente es sólo perjudicial para él: el que se da en la clase media suele salpicar al que le da.

El *hombre-líquido* tiene un alma ménos compacta, y en ella más grados de calórico, pero alma de imitacion; como todo líquido, remeda al momento la forma del vaso donde está; en pequeña cantidad se le da la figura que se quiere, en gran porcion toma la que puede. El *hombre-líquido* es la clase media; le conocerán ustedes también al momento; su movimiento continuo le delata; pasa de un empleo á otro, va á ocupar los vacíos de las vacantes: hoy en una provincia, mañana en otra, pasado en la córte; pero, por fin, como todo líquido, encuentra el mar, donde se pára y se encarcela; no le es dado correr más. Hoy es arroyo, mañana rio caudaloso. Igual. Hoy es meritorio, mañana escribiente, pasado oficial; su instinto es crecer; rara vez separarse del suelo; si se alza momentáneamente, vuelve á caer.

Dada una idea rápida y general del *hombre-sólido* y del *hombre-líquido*, pasemos al objeto de nuestro artículo, al *hombre-gas*. De las dos especies referidas está lleno el mundo; no se ve otra cosa. Pero como para la formacion de la tercera se

necesita un grado altísimo de calórico, hay regiones enteras que carecen del suficiente para formarla.

He aquí nuestra desgracia; siguiendo el camino que nos señala nuestra nueva metafísica, estamos, por ahora, en las regiones árticas del pensamiento. Lo probaré.

El *hombre-gas*, llegado á adquirir la competente dilatación, se alza por sí solo donde quiera que está, y se sobrepone á ocupar el puesto que le corresponde en la escala de los cuerpos hasta llegar á la altura que su intensidad le permite, y se detiene en ella; no hay obstáculos para él, porque si pudiera haberlos, rompería, como el vapor, la caldera, y escaparía. Ponedle en una aldea; él vencerá la distancia y llegará á la capital; tirará el arado, pondrá un pié en el *hombre-sólido*, otro en el *líquido*, y una vez arriba: «Yo mando, excluiré, no obedezco.» Tales son las leyes de la naturaleza. Una vez comprendido este principio general de física, mis lectores conocerán al *hombre-gas* á primera vista. Su frente es altiva, sus ojos de águila, su fuerza irresistible, su movimiento el del tapon de una botella de Champagne. Pero para dar al gas una forma no hay más medio que el de encerrarle en un continente que la tenga. Nada, pues, más natural que

el que demos á esta especie el nombre de *hombre-globo*: sólo así podemos hacerle perceptible á nuestros sentidos.

De todos nuestros lectores es conocida la historia de los globos, desde las primeras mongolfieras hasta el último experimento de la direccion, emprendido y malogrado últimamente en París: todos saben que hay gases de gases, y que los hay específicamente más ligeros que otros; pero no todos se habrán parado á considerar detenidamente hasta qué punto podemos vanagloriarnos en nuestro país de la perfeccion de los gases que artificialmente necesitamos producir para nuestras ascensiones. Yo creo que nuestra vanidad no debe hacernos perder la cabeza, si queremos reparar en su equívoca calidad.

Es claro que en tiempos pasados la atmósfera en que podia elevarse el *hombre-globo* entre nosotros era sumamente limitada: los que más se habian podido separar del suelo habian hecho consistir todo su esfuerzo en llegar á los escalones del trono, y si un *hombre-globo* llegaba á ser entonces ministro, habia hecho toda la ascension que se podia de él esperar. Uno solo conocieron nuestros físicos más experimentados que consiguió remontarse en aquella época hasta las más altas cornisas del coronamiento del real palacio; pero,



sea por falta de direccion una vez en el aire, sea por haber calculado mal la intensidad de su gas, una ráfaga violenta bastó para romper el globo, y el aire se lo llevó hasta caer, todo agujereado, á orillas del Tíber, donde yace todavía mal parado: culpa acaso tambien de no haber hecho uso del para-caidas, aunque, como dice muy bien don Simplicio de Bobadilla, *para-caidas no hay como un globo roto.*

Pero cuando posteriormente se han visto en casi todos los países elevarse muchos á alturas desmesuradas y mantenerse más ó ménos tiempo en ellas, no se concibe nuestra casi total ausencia de *hombres-globos* que se elevan verdaderamente, sino atribuyéndolo á desgracia del país mismo. Los Estados-Unidos tuvieron un *hombre-globo* que subió cuanto pudo, y manejando diestramente su válvula, descendió cómo y cuándo le plugo; de Francia hicieron mil su ascension, que están todavía en altura, haciendo la admiracion de los espectadores; la Suecia mira uno en su pináculo todavía; y si el mayor de todos fué á parar hasta Santa Elena, es preciso confesar que hay descensos gloriosos, como retiradas honrosas.

Ahora bien, observemos al *hombre-globo* en nuestro país. El año 8 empezaron á quererse henchir multitud de mongolfie-

ras; pero estábamos indudablemente al principio de la invencion, y no debieron de tener gas mejor que el humo de paja, porque los unos dieron al traste con su globo en el estrecho, los otros quisieron sostenerse en tierra firme; pero han ido poco á poco deshinchándose, y una ráfaga ha acabado con unos, otra con otros.

El año 20 quisieron repetir el experimento; pero, por lo visto, no habian aprendido nada nuevo: no contaron nuestros *hombres-globos* con el aire del Norte, que los envolvió, pegó fuego á unos que cayeron miserablemente donde pudieron, y arrebató á otros á caer de golpe y porrazo en países remotos y extranjeros. Raro fué el que cayó suavemente. Pero adelanto positivo para la ciencia no hubo ninguno.

Hé aqui, sin embargo, á nuestros *hombres-globos* probando de nuevo otra ascension; pero escarmentados ya nuestros antiguos y derretidos Ícaros, tienen miedo hasta al gas que los ha de levantar: y, en una palabra, nosotros no vemos que suban más alto que subió Rozzo. Para nosotros todos son Rozzos.

Veán ustedes, sin embargo, al *hombre-globo* con todos sus caractéres. ¡Qué ruido antes! ¡*La ascension! Va á subir. ¡Ahora, ahora sí va á subir!* Gran fama, gran prestigio. Se les arma el globo; se les confía:

ved cómo se hinchan. ¿Quién dudará de su suficiencia? Pero casi todos nuestros globos, mientras están abajo, entre nosotros, asombra su grandeza, y su aparato y su fama. Pero conforme se van elevando, se les va viendo más pequeños; á la altura apenas de palacio, que no es grande altura, ya se les ve tamaños como avellanas, ya el *hombre-globo* no es nada: un poco de humo, una gran tela, pero vacía, y, por supuesto, en llegando arriba, no hay dirección. ¡Es posible que nadie descubra el modo de dar dirección á este globo!

Entre tanto el *hombre-globo* hace unos cuantos esfuerzos en el aire, un viento le lleva aquí, otro allá, descarga lastre..... ¡inútiles afanes! al fin viene al suelo: sólo observa que están ya más duchos en el uso del para-caidas: todos caen blandamente, y no léjos: los que más se apartan van á caer al Buen-Retiro.

Pero, señor, me dirán, ¿y ha de ser siempre esto así? ¿No les basta á esos hombres de experiencias? ¿Serán ellos los últimos que se desengañen de sí mismos?

Hé ahí una respuesta que yo no sabré dar. Yo no veo la ciencia desesperada, creo que acaso habrá por ahí escondidos otros *hombres-globos*; pero si los hay, ¿por qué no obedecen á las leyes de la naturaleza? Si su gas tiene más intensidad, ¿cómo no

se elevan por sí solos, cómo no se sobrepone á los otros?

Esta investigacion me conduciria muy léjos. Mi objeto no ha sido más que pintar el *hombre-globo* de nuestro país: un artículo de física no puede ser largo: si fuera de política sería otra cosa. Haré mi última deducción, y concluiré: los Rozzos que hasta ahora han hecho pinitos á nuestra vista, parece que ya se han elevado cuanto elevarse pueden. ¡Otros al puesto, experimentos nuevos! Si por el camino trillado nada se ha hecho, camino nuevo.

Esto la razon sola lo indica. Si hay un *hombre-globo*, que salga, y le daremos las gracias; mas cuenta con engañarse en sus fuerzas: recuerde que primero hay que subir, y luego hay que dar direccion; y, como dice Quevedo: *‘ascender á rodar es desatino; y el que descende de la cumbre, ataja’*; observe que puede sucederle lo que á los demas, que conforme se vaya elevando se vaya viendo más pequeño. Si no le hay, lastimoso es decirlo, pero aparejemos el *para-caidas*.

UN REO DE MUERTE.

Cuando una incomprendible comezon de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco á los tiros de esta que han calificado muchos de mordaz maledicencia. Yo no sé si la humanidad bien considerada tiene derecho á quejarse de ninguna especie de murmuracion, ni si se puede decir de ella todo el mal que se merece; pero como hay millares de personas pseudo-filántropicas, que al defender la humanidad parece que quieren en cierto modo indemnizarla de la desgracia de tenerlos por individuos, no insistiré en este pensamiento. Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro, á esa muchedumbre en continuo movimiento, á esa sociedad donde sin ensayo ni prévio anuncio de carteles,

y donde á veces hasta de balde y en balde se representan tantos y tan distintos papeles.

Descendí á ella, y puedo asegurar que al cotejar este teatro con el primero, no pudo ménos de ocurrirme la idea de que era más consolador éste que aquél: porque al fin, seamos francos, triste cosa es contemplar en la escena la coqueta, el avaro, el ambicioso, la celosa, la virtud caída y vilipendiada, las intrigas incesantes, el crimen entronizado á veces y triunfante; pero al salir de una tragedia para entrar en la sociedad puede uno exclamar al ménos: *aquello es falso; es pura invencion; es un cuento forjado para divertirnos*; y en el mundo es todo lo contrario, la imaginacion más acalorada no llegará nunca á abarcar la fea realidad. Un rey de la escena depone para irse á acostar el cetro y la corona, y en el mundo el que la tiene duerme con ella, y sueñan con ella infinitos que no la tienen. En las tablas se puede silbar al tirano; en el mundo hay que sufrirle; allí se le va á ver como una cosa rara, como una fiera que se enseña por dinero; en la sociedad cada preocupacion es un rey; cada hombre un tirano; y de su cadena no hay medio de librarse; cada individuo se constituye en eslabon de ella; los hombres son la cadena unos de otros.

De estos dos teatros, sin embargo, peor el uno que el otro, vino á desalojarme una frase que lo ocupa todo. La política. ¿Quién hubiera leído un ligero bosquejo de nuestras costumbres, torpe y débilmente trazado acaso, cuando se estaban dibujando en el gran telon de la política escenas, si no mejores, de un interes ciertamente más próximo y positivo? Sonó el primer arcabuz de la faccion, y todos volvimos la cara á mirar de dónde partia el tiro: en esta nueva representacion, semejante á la fantasmagórica de Mantilla, donde empieza por verse una bruja, de la cual nace otra y otras, hasta *multiplicarse al infinito*, vimos un faccioso primero, y luégo vimos *un faccioso más*, y en pos de él poblarse de facciosos el telon. Lanzado en mi nuevo terreno esgrimí la pluma contra las balas, y revolviéndome á una parte y otra, dí la cara á dos enemigos; al faccioso de fuera, y al justo medio, á la parsimonia de dentro. ¡Débiles esfuerzos! El monstruo de la política estuvo en cinta y dió á luz lo que habia mal engendrado; pero tras éste debian venir hermanos menores, y uno de ellos, nuevo Júpiter, debia destronar á su padre. Nació la censura, y héme aquí poco ménos que desalojado de mi última posicion. Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento: respétole y

le obedezco; hé aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano, es á saber, que no altere el órden: es bueno tener entendido que en política se llama *órden* á lo que existe, y que se llama *desórden* este mismo *órden* cuando le sucede otro *órden* distinto; por consiguiente, es perturbador el que se presenta á luchar contra el órden existente con ménos fuerzas que él; el que se presenta con más, pasa á *restaurador*, cuando no se le quiere honrar con el pomposo título de *libertador*. Yo nunca alteraré el órden probablemente, porque nunca tendré la locura de creerme por mí solo más fuerte que él: en este convencimiento, infinidad de artículos tengo solamente rotulados, cuyo desempeño conservo para más adelante, porque la esperanza es precisamente lo único que nunca me abandona; pero al paso que no los escribiré, porque estoy persuadido de que me los habian de prohibir (lo cual no es decir que me los han prohibido, sino todo lo contrario, puesto que yo no los escribo), tengo placer en hacer de paso esta advertencia, al refugiarme, de cuando en cuando, en el único terreno que deja libre á mis correrías el temor de ser rechazado en posiciones más avanzadas. Ahora bien, espero que despues de esta prévia inteligencia no habrá lector que me pida lo que no puedo darle:

digo esto, porque estoy convencido de que ese pretendido acierto de un escritor depende más veces de su asunto y de la predisposición feliz de sus lectores que de su propia habilidad. Abandonado á esta sola, considérome débil, y escribo todavía con más miedo que poco mérito, y no es ponderarlo poco, sin que esto tenga visos de afectada modestia.

Habiendo de parapetarme en las costumbres, la primera idea que me ocurre es que el hábito de vivir en ellas, y la repetición diaria de las escenas de nuestra sociedad, nos impide muchas veces pararnos solamente á considerarlas, y casi siempre nos hace mirar como naturales cosas que, en mi sentir, no debieran parecérnoslo tanto. Las tres cuartas partes de los hombres viven de tal cual manera porque de tal ó cual manera nacieron y crecieron; no es una gran razón; pero esta es la gran dificultad que hay para hacer reformas: hé aquí por qué las leyes difícilmente pueden ser otra cosa que el índice reglamentario y obligatorio de las costumbres: hé aquí por qué caducan multitud de leyes que no se derogan: hé aquí la clave de lo mucho que cuesta hacer libre á un pueblo esclavo por sus costumbres.

Pero nos apartamos demasiado de nuestro objeto; volvamos á él. Ese hábito de la

pena de muerte, reglamentada y judicialmente llevada á cabo en los pueblos modernos con un abuso inexplicable, supuesto que la sociedad, al aplicarla, no hace más que suprimir de su mismo cuerpo uno de sus miembros, es causa de que se oiga con la mayor indiferencia el fatídico grito que desde el amanecer resuena por las calles del gran pueblo, y que uno de nuestros amigos acaba de poner atinadísima-mente por estribillo á un trozo de poesía romántica.

Para hacer bien por el alma

Del que van á ajusticiar.

Ese grito, precedido por la lúgubre campanilla, tan inmediata y constantemente como sigue la llama al humo, y el alma al cuerpo; ese grito que implora la piedad religiosa en favor de una parte del sér que va á morir, se confunde en los aires con las voces de los que venden y revenden por las calles los géneros de alimento y de vida para los que han de vivir aquel día. No sabemos si algun reo de muerte habrá hecho esta singular observacion, pero debe ser horrible á sus oídos el último grito que ha de oír de la *coliflorera* que pasa atronando las calles á su lado.

Leida y notificada al reo la sentencia,

la última venganza que toma de él la sociedad entera, en lucha por cierto desigual, el desgraciado es trasladado á la capilla, en donde la religion se apodera de él como de una presa ya segura: la justicia divina espera allí á recibirle de manos de la humana. Horas mortales trascurren allí para él: gran consuelo debe de ser el creer en un Dios, cuando es preciso prescindir de los hombres, ó por mejor decir, cuando ellos prescinden de uno. La vanidad, sin embargo, se abre paso al traves del corazon en tan terrible momento; y es raro el reo que pasada la primera impresion, en que una palidez mortal manifiesta que la sangre quiere huir y refugiarse al centro de la vida, no trate de afectar una serenidad pocas veces posible. Esta tiránica sociedad exige algo del hombre hasta en el momento en que se niega entera á él, injusticia por cierto incomprensible; pero reirá de la debilidad de su víctima. Parece que la sociedad, al exigir valor y serenidad en el reo de muerte, con sus constantes preocupaciones se hace justicia á sí misma, y extraña que no se desprecie lo poco que ella vale y sus fallos insignificantes.

En tan críticos instantes, sin embargo, rara vez desmiente cada cual su vida entera y su educacion; cada cual obedece á

sus preocupaciones hasta en el momento de ir á desnudarse de ellas para siempre. El hombre abyecto, sin educacion, sin principios, que ha sucumbido siempre ciegamente á su instinto, á su necesidad, que robó y mató maquinalmente, muere maquinalmente. Oyó un eco sordo de religion en sus primeros años, y éste eco sordo, que no comprende, resuena en la capilla, en sus oidos, y pasa maquinalmente á sus labios. Falto de lo que se llama en el mundo honor, no hace esfuerzo para disimular su temor, y muere muerto. El hombre verdaderamente religioso vuelve sinceramente su corazon á Dios, y éste es todo lo ménos infeliz que puede el que lo es por última vez. El hombre educado á medias, que ensordecio á la voz del deber y de la religion, pero en quien estos gérmenes existen, vuelve de la continua afectacion de despreocupado en que vivió, y duda entónces y tiembla. Los que el mundo llama impíos y ateos, los que se han formado una religion acomodaticia, ó las han desechado todas para siempre, no deben ver nada al dejar el mundo. Por último, el entusiasmo político hace veces casi siempre de valor; y en esos reos, en quienes una opinion es la preocupacion dominante, se han visto las muertes más serenas.

Llegada la hora fatal, entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales é irreligiosas, que momentos ántes componian juntamente con las preces de la religion el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

En seguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que, vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado, atado de piés y manos, sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente, es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre. «¿Qué espera esa multitud? diria un extranjero que desconociese las costumbres. ¿Es un rey el que va á pasar, ese sér coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un dia solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosean esta nacion?—Nada de eso. Ese pueblo de hombres

va á ver morir á un hombre.—¿Dónde va?
—¿Quién es?—¡Pobrecillo!— Merecido
lo tiene.—¡Ay! si va muerto ya.—¿Va
sereno?—¡Qué entero va!

Hé aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida: el terror que la situación del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desórden: la otra mitad es obra de la tropa, que va á poner órden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace, por cierto, el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre á la plazuela de la Cebada, mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignacion y de desprecio. No quiero entrar en la cuestion, tan debatida, del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse á sí propia: siempre resultaria ser el derecho de la fuerza, y miéntras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atrevería á rebatir ese? Pienso sólo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un sér que, como el hombre, no puede vivir sin matar,

tiene la osadía, la incomprendible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazon desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir, indudablemente, que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo: en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo solo: esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los carneros de Casti, á quienes su amo proponía, no si debian morir, sino si debian morir cocidos ó asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que habia llegado el momento de la catástrofe: el que sólo habia robado acaso á la sociedad, iba á ser muerto por ella: la sociedad tambien da ciento por uno: si habia hecho mal matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos. El reo se sentó, por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj: las doce y diez minutos: el hombre vivia aún..... De allí á un momento, una lúgubre campanada de San

Millan, semejante al estruendo de las puertas de la eternidad, que se abrian, resonó por la plazuela, el hombre no existia ya: todavía no eran las doce y once minutos. — «La sociedad, exclamé, estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»

LOS BARATEROS,

Ó EL

DESAFÍO Y LA PENA DE MUERTE.

Debiendo sufrir en este día... la pena de muerte en garrote vil... Ignacio Argumañes, por la muerte violenta dada el 7 de Marzo último á Gregorio Cané...

(DIARIO DE MADRID del 15 de Abril.)

La sociedad se ve forzada á defenderse, ni más ni ménos que el individuo, cuando se ve acometida: en esta verdad se funda la definicion del delito y del crimen; en ella tambien el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad, al reconocer en una accion el delito ó el crimen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto

su objeto castigar simplemente, como escarmentar; no se propone por fin destruir al criminal, sino el crimen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones; su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa, ¿qué derecho usa? El derecho del más fuerte. Apoderada del sospechado agresor, le es fuerza, ántes de aplicarle la pena, verificar su agresion, convencerse á sí misma, y vencerle á él. Para esto comienza por atentar á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detencion prévia es una contribucion corporal que todo ciudadano debe pagar cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligacion de aligerarla, de reducirla á los términos de indispensabilidad, porque, pasados éstos, comienza la detencion á ser un castigo, y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenacion. En el intervalo que trascurre desde la acusacion ó sospecha hasta la aseveracion del delito, la sociedad tiene, no derechos, pero necesidad de tener al acusado; y supuesto que impone esta contribucion corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente

ó culpable. La cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privacion que no sea indispensable, ni mucho ménos influir moralmente en la opinion del detenido.

De aquí la sagrada obligacion que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detencion bien montadas y bien cuidadas, y la más sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los dias del mes de Marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvian las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de accion, devoraba la existencia de los corrillos: el juego, nutricion de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, más que en

ninguna parte en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos; el juego, símbolo de la solución misteriosa y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos días existían en esa cárcel dos hombres: Ignacio Argumañes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad: y desde el momento en que aquella á que pertenecían parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente, con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del más fuerte sobre la frente del más débil. Hé aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que, olvidando la protección que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso, al sentar el pié en el patio de la cárcel, se ve insultado, acometido, robado por los seres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido exclama: «Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza, ó la que yo me forje aquí.*» Hé aquí el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué

derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su proteccion? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel, efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existian allí; dos barateros; dos seres que se creian con derecho á imponer leyes á los demás, y á retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fué metido en un calabozo por el alcaide, rey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesion; éste defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas, *¿quieres parte?* le dice, *pues gánala.* Hé aquí al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo, que confia su derecho á su brazo.

El dia va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve á la madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al són

del religioso cántico, los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debía oír acabar la salve: un segundo trascorre apénas, y con el último acento del cántico llega á los piés del Altísimo el alma del un baratero.

La sociedad entónces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo, ántes de juzgarte, con esa cárcel inmunda que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño; pero de resultas de ese juego y ese barato tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen á despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo, de que en vida yo no hice más caso que de tí, puede contagiarme con su putrefaccion; y por ende mando que el cuerpo se entierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes matando á otro hombre, áun entónces que mis leyes no te protegían. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la proteccion. Ellas renuncian á amparar, pero no á vengar: lo bueno de ellas, baratero, es para mí: lo malo para tí; porque yo tengo jueces para tí, y tú no los tienes para mí: yo ten-

go alguaciles para tí, y tú no los tienes para mí; yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para tí, y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasion.

Y el baratero: ‘¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mia; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mia, y por la religion no puedo disponer de ella; pero si no es mia siquiera, ¿cómo será tuya? Y si es más mia que tuya, ¿en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de comun acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero y sin llamar á nadie en nuestra comun cuestion?’

Y la sociedad: ‘Algún dia, baratero, tendrás razon: pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese dia en que tendrás razon, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdiccion. En el dia la sociedad á que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente; ¿por qué no has aguardado, para batirte en duelo, á que la ley estuviese derogada? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone.’

Una luna no ha trascurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano á otro hom-

bre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba á vengar.....

Y el baratero: «¿Y cuántas lunas trascurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas: y yo.....»

Y la sociedad: «Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporacion, debistes aguardar, á lo ménos, á ser opulento, ó siquiera caballero..... ó aprender en tanto á eludir mi ley.»

Y el baratero: «¿Y la igualdad ante la ley, sociedad....?»

Y la sociedad: «Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y éntre en mi composicion el elemento popular: llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿No ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿No ves que me falta el alma, que es la inteligencia del sér, y que sólo puede resultar del complemento y armonía de lo que tengo y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo? ¿No ves que no soy la sociedad, sino un mónstruo de sociedad? Y ¿de qué te quejas, pueblo?»

¿No renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿No lo autorizas todo sufriendolo todo?»

Y el baratero: «Porque no sé todavía que hago parte de tí, ¡oh sociedad! porque no comprendo.....»

Y la sociedad: «Pues date prisa á comprender y á saber quién eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa á dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.»

Y el baratero: «Mi dia llegará, ¡oh falsa sociedad! ¡oh sociedad incompleta y usurpadora! y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán á leer. ¡Hágase, en el ínterin, la voluntad de la fuerza: ahorca á los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores á los señores que se baten en duelo, y en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!»

Y el baratero debia morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se baten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley merece la pena; y ¡quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo

no comprende, el pueblo no sabe comprender; y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad; y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

LA NOCHE-BUENA DE 1836.

YO Y MI CRIADO.

DELIRIO FILOSÓFICO.

El núm. 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24: soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia; y á imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el día 23 me prevengo para el siguiente día de sufri-

miento y de resignacion; y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra supersticion: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree..... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese, á lo ménos, oye la verdad!

El último dia 23 del año 1836 acababa de espirar en la muestra de mi péndola; y, consecüente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil, hasta que al fin, por la mañana, vino con paso de intervencion, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El dia anterior habia sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazon que el dia 24 habia de ser *dia de agua*. Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte, incliné la fren-

te, cargada como el cielo, de nubes frias, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal, que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparacion exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza ó una ilusion. Ora volvía los ojos á los cristales de mi balcon: veíalos empañados y como llorosos por dentro; los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal. Así se empaña la vida, pensaba; así el frio exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre; así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazon. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos.....

Haré merced á mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado, aún sin

sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo; al ménos no está obligado á pensar; puede fumar, puede leer la *Gaceta*!

¡Las cuatro! ¡La comida! me dijo una voz de criado, una voz de entonacion servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba á exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer»; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer; ¡pero los criados de los filósofos! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podian decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: esta noche me dirás la verdad. Saqué de mi gaveta unas monedas: tenian el busto de los monarcas de España. Cualquiera diria que eran retratos; sin embargo eran artículos de periódico. Las miré con orgullo, y come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes. Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel sér que los natu-

ralistas han tenido la bondad de llamar racional, sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocia su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y me planté en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco dias ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: hoy es un aniversario: y el pueblo ha respondido: pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble. ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestion. ¡Miserable humanidad, destinada siempre á quedarse más acá ó á ir más allá!

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo, nació el que no reconoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. ¡Sublime misterio!

¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos, dice el hombre; no dice: reflexionemos. El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la Plaza, tan indispensable-

mente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo ménos de ocurrirme la idea de Bilbao; figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y estenuada: una mano seca y roida llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigia á los bulliciosos liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencion y la culpa; aquélla, agria y severa; ésta, indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colacion cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demas.

¡Las cinco! Hora del teatro: el telon se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representacion en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. Hé aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres en

congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza. Ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal, que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenacion en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa, como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé; y el

asturiano ya no es un hombre; es toda verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los piés, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitacion de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; tambien tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos; ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edicion hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores; algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos mas humildes, me reservaba en él mi mal rato del dia 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oirla de sus labios impuros. La ver-

dad es como el agua filtrada, que no llega á los labios sino al traves del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

— Aparta, imbécil; exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí. ¡Oiga! está ébrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondon á mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo é interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme, cerró la de mi habitacion, y quedamos dentro casi á oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado á los piés de mi cama para no vacilar, y yo á su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí: no sé por que misterio mi criado encontró entónces, y de repente, voz y palabras, y habló y racionó. Misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar á los animales; ¿por qué no he de hacer yo hablar á mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algun tiempo no hubiera hecho yo una pintura más favorable que de mi

astur, y que han roto, sin embargo, á hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho. Tal me ha pasado: yo no escribo para los que dudan de mi veracidad. El que no quiera creerme puede doblar la hoja. Esto se ahorrará tal vez de fastidio; pero una sola voz salió de mi criado, y entre ella y la mia se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamacion. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo á tí, ya lo entiendo.

—¿Tú á mí? pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba á decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distraccion constante y esas palabras vagas é interrumpidas de que sorprendo todos los dias fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima á quién? No pareces criminal, la justicia no

te prende al ménos; verdad es que la justicia no prende sino á los pequeños criminales, á los que roban con ganzúas, ó á los que matan con puñal; pero á los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo á la mujer casada ó á la hija honesta, á los que roban con los naipes en la mano, á los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, á esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado, y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó é hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales, y hay un acusador dentro de tí; y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oír al vino, una vez que habla. Acaso ese oro que á fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete

que desdoblas es un anónimo embustero que va á separar de tí para siempre la mujer que adorabas ; acaso es una prueba de la ingratitud de ella ó de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes, en los momentos en que el buen tono cede el paso á la pasión y á la sociedad.

Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera á la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor ; y ¡ qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos ! Preciado de gracioso, harías reír á costa de un amigo, si amigos hubiera ; y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra á otro partido ; ó cada vencimiento es una humillación, ó compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¡ A mí quién me calumnia ! ¿ quién me conoce ? Tú me pagas un salario bastante á cubrir mis necesidades ; á tí te paga el mundo, como paga á los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado ; y el día que te apoderes del látigo, azotarás como te

han azotado. Los hombres de mundo os llamais hombres de honor y de carácter, y á cada suceso nuevo cambiáis de opinion, apostatais de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso á aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulacion: adulas á tus lectores para ser de ellos adulado, y eres tambien despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás á coger tus laureles á las Baleares ó á un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo, en fin, no tengo necesidades: tú, á pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana á un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragais oro, ó para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósi-go. Tú lees dia y noche buscando la verdad en los libros, hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría, tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario, y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazon, y vas, y lo arrojas á los piés de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla.

Confías tu tesoro á cualquiera por su linda cara , y crees porque quieres ; y si mañana tu tesoro desaparece , llamas ladron al depositario , debiendo llamarte imprudente y necio á tí mismo.

—Por piedad , déjame , voz del infierno.

—Concluyo : inventas palabras y haces de ellas sentimientos , ciencias , artes , objetos de existencia. ¿ Política , gloria , saber , poder , riquezas , amistad , amor ? Y cuando descubres que son palabras , blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come , bebe y duerme , y nadie le engaña ; y si no es feliz , no es desgraciado , no es al ménos hombre de mundo , ni ambicioso , ni elegante , ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas ; pero no te mandas á tí mismo. Tenme lástima , literato. Yo estoy ébrio de vino , es verdad , pero tú lo estas de deseos y de impotencia...!!!

Un ronco sonido terminó el diálogo ; el cuerpo , cansado del esfuerzo habia caido al suelo ; el órgano de la Providencia habia callado , y el asturiano roncaba. ¡ Ahora te conozco , exclamé , dia 24 !

Una lágrima preñada de horror y desesperacion surcaba mi mejilla ajada ya por el dolor. A la mañana , amo y criado yacian , aquél en el lecho , éste en el suelo. El primero tenia todavía abiertos los ojos

y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía *mañana*. ¿Llegará ese *mañana* fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la *Noche-buena* era pasada y el mundo todo, á mis barbas, cuando hablaba de ella; la seguía llamando *Noche-buena*.

ARTÍCULOS POLÍTICOS.

LAS CIRCUNSTANCIAS.

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la causa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza ó mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo-todo en las circunstancias, que, dice, le han traído á ménos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos dias, cuando recibí una carta, que, por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna á este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar *ad pedem litteræ* á mis lectores. Decia así la carta:

• Señor Fígaro. — Muy señor mio: A usted, señor Fígaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su experiencia, pues le imagino á usted, por sus escritos, hombre de esos que han vivido más de lo que les queda

que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue á los humanos, y una desgracia en el mundo que se asemeje á la desgracia mia. Soy un verdadero juguete de las circunstancias, cuyo torrente no pude nunca resistir, y que así me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una olla al inexperto nadador que se arrojó incauto en la pérfida corriente del caudaloso rio.

• Mi padre era inglés y rico, señor Fíguro; pero hallábase aislado en el mundo. Era naturalmente metido en sí, y sólo un amigo tenía : antojósele á este amigo entrometerse en una conspiracion, confió á mi padre varios papeles importantes, descubrióse la conspiracion, y ambos tuvieron que huir. Vinose mi padre á España, reducido á oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes; vió á una linda gaditana, prendóse de ella, casóse, y ántes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiracion, que hubo de volverle el juicio. Vea usted aquí, señor Fíguro, á Eduardo Priestley, humilde servidor de usted, cuyo destino debia haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico, español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar más causa de este trastrueque que las circunstancias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde

pequeñito. Mi madre era mujer de rara penetracion y de ilustradas ideas. Crióme lo mejor que supo; y en darme toda la educacion que se podia dar entónces en España, consumió el poco caudal que la dejára mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar, á que querian destinarme, estudié leyes en la Universidad; pero puedo asegurar á usted que, á pesar de eso, hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Fígaro, despues de haber sido gran abogado hubiera vestido una toga, hubiera calentado acaso una silla ministerial, y el Consejo de Castilla me hubiera recogido, al fin de mis dias, en su seno, donde hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias, sin embargo, me lo impidieron. Habia un Napoleon en el mundo, y fué preciso que éste quisiera ser emperador y emplear á sus hermanos en los mejores tronos de Europa, para que yo no fuese ni buen abogado ni mal ministro.

Yo tenía sentimientos generosos; mis compañeros tomaron las armas y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgia más. ¿Qué remedio? Dejé, como fray Gerundio, los estudios, y me metí á predicador; es decir, me hice militar en

obsequio de la patria. En la campaña perdí mi carrera, la paciencia y un ojo; y las circunstancias me dejaron tuerto y capitán: sabe el cielo que para ninguna de estas dos cosas servía. Yo, señor Fígaro, era impetuoso y naturalmente inconstante; ménos servía, pues, para casado, ni nunca pensára en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que, gozando, por sus relaciones de familia, de algun favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieron las circunstancias. Víme sólo en el mundo, y en ocasion en que una linda aragonesa, hija de un diputado de las Córtes de Cádiz, recogíendome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinacion de circunstancias; caséme de honrado y agradecido, que no de enamorado, es decir, que me casaron las circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado á general, segun mis servicios, que á otros fajaron haciéndose los muy flacos á la patria; pero era yerno de un diputado: quitáronme las charreteras, envolviéronme en la comun desgracia, y las circunstancias me llevaron á Ceuta, adonde bien sabe Dios que yo no queria ir. Allí hice la vida de presidiario y de mal casado, que cualquiera de estos dos dogales por sí solo bastára para acabar con

un hombre. Ya ve usted que yo no tenía la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien, contúveme; pretendí, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigian entónces las circunstancias para prosperar, no sólo no me emplearon, sino que me cantaron el *trágala*. Irritéme: el cielo es testigo que yo no habia nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano. Hice artículos contra aquel gobierno; y como entónces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí várias estocadas de unos cuantos aficionados que se andaban haciendo motines por las calles. Esta fué la corona de laurel que dieron las circunstancias á mi carrera literaria. Escapéme, y fuí á reunirme con los de la fe: dijéronme allí que las circunstancias no permitian admitir en las filas á un hombre que habia sido marido de la hija de un diputado de las Córtes de Cádiz; y no me ahorcaron por mucho favor.

• No pudiendo vivir como realista, fuíme á Francia, donde, en calidad de liberal, me colocaron en un depósito, con seis cuartos al dia. Vino, por fin, la amnistía, señor Fí-

garo. ¡Eh! gracias á una reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí; tengo talento; mis luces son conocidas; soy útil..... Pero ¡ay! señor Fígaro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos; las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegára á hacerme visible para el poder, acaso lograria: sus intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ujieres que parapetan y defienden la llegada á los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar! — Cien memoriales he dado; otras tantas espaldas he visto. — «Deje usted; verémos si estas circunstancias se fijan», me dicen los unos. — «Espere usted, me responden los otros: ¡hay tantos pretendientes en estas circunstancias!» — Pero, señor, replico yo, tambien es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

»Esta es, señor Fígaro, mi posicion: ó yo no entiendo las circunstancias, ó soy el hombre más desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debia haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre aje-

no de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced á las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias. — De usted, señor Fíguro. — Eduardo de Priestley, ó el hombre de circunstancias. »

No puedo ménos de contestar al señor de Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio; si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias, en no saber que mientras haya hombres, la verdadera circunstancia es intrigar, estar bien emparentado, lucir más de lo que se tiene, mentir más de lo que se sabe, calumniar al que no puede responder, abusar de la buena fe, escribir en favor, y no en contra del que manda, tener una opinion muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinion que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer á los hombres, mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos, cultivar la amistad de las

bellas, como terreno productivo; casarse á tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras ilusiones; no enamorarse sino de dientes á fuera, y eso de las cosas que puedan servir.....

Pero, Santo Dios, gritará un rígido moralista. ¡Qué cuadro! ¡Maquiavélicos principios!!! — Fígaro no dice que sean buenos, señor moralista; pero tampoco Fígaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmendar, ni á variar el corazón humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen á los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen á su placer, ó, tomándolas como vienen, sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son, por consiguiente, las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las más veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

LAS PALABRAS.

No sé quien ha dicho que el hombre es naturalmente malo : ¡ grande picardía por cierto ! nunca hemos pensado nosotros así : el hombre es un infeliz , por más que digan : un poco fiero , algo travieso , eso sí ; pero en cuanto á lo demas , si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores , si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia , quisiera yo que Aristóteles y Plinio , Bufon y Valmont de Vaumare , me dijese que animal , por animal que sea , habla y escucha . Hé aquí precisamente la razon de la superioridad del hombre , me dirá un naturalista : y hé aquí precisamente la de su inferioridad , segun pienso yo , que tengo más de natural que de naturalista . Presente usted á un leon devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al leon) , presénteles usted un carnero , y verá usted precipitarse á la fiera sobre la inocente

presa, con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva que está por satisfacer.

Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el más lindamente escrito y redactado, háblele usted de felicidad, de órden, de bienestar; y apártese usted algun tanto, no sea que si lo entiende, le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérselo á usted. El tigre necesita devorar al gamo; pero seguramente que el gamo no espera á oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razon. La hembra no engaña al macho, y viceversa, porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razon: á la simple vista huye el primero del segundo, y este es el órden, el único órden posible. Déseles el uso de la palabra: en primer lugar, necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal ó cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios, por consiguiente, que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones á los demas, á quienes creen que importan. El leon más fuerte

subirá á un árbol y convencerá á la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir á su albedrío, sino para obedecerle á él: y no será lo peor que el leon lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre á las cosas, y llamando á una *robo*, á otra *mentira*, á otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio: el noble bruto que dormia tranquilamente las veinte y cuatro horas del dia, se desvelará ante la fantasma de una distincion; y al hermano, á quien sólo mataba para comer, matarále despues por una cinta blanca ó encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambicion; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia; querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo ¡vive Dios!: éstos se dejarán degollar porque los mande uno sólo, aficion que nunca he podido entender; aquéllos querrán mandar á uno sólo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (ó mejor, no sé lo que quiere decir) los que manden á los de baja cuna; allá no habrá

diferencia de cunas... ¡Qué confusión! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que esa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusion, los animales, como no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices: no pueden engañar ni ser engañados, no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario, el hombre habla y escucha: el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué indole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. — Dígame usted que tiene talento. — ¡Cierto! exclama en su interior. — Dígame usted que es el primer ser del universo. — Seguro, contesta. — Dígame usted que le quiere. — Gracias, responde de buena fe. — ¿Quiere usted llevarle á la muerte? trueque usted la palabra, y dígame: *te llevo á la gloria*: irá. — ¿Quiere usted mandarle? dígame usted sencillamente: *yo debo mandarte*. — Es indudable, contestará.

Hé aquí todo el arte de manejar á los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. *El*

hambre ¡oh lobos! decidles, *se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre!...—Mentira*, gritarán los lobos... *al redil; el hambre se quita con cordero... — La hidra de la discordia, ¡oh ciudadanos!* dice por el contrario un periódico á los hombres, *yace derribada con mano fuerte: el orden de hoy más será la base del edificio social: ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte: el iris de paz* (que no significa paz) *luce despues de la tormenta* (que no se ha acabado): *de hoy más la legalidad* (que es la cuadratura del círculo) *será el fundamento del procomun... etc., etc.* ¿Ha dicho usted *hidra de la discordia, justicia, procomun, horizonte, iris y legalidad?* Ved en seguida á los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones.— ¡Maravilloso dón de la palabra! ¡Fácil felicidad! Despues de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con sólo decir *mañana* de cuando en cuando y echarles palabras todos los dias, como echaba Enéas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... palabras todo, ruido, confusion: positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

CARTAS DE FÍGARO



UN BACHILLER SU CORRESPONSAL.

PRIMERA.

Yo no sé si se acordarán todos los suscritores de nuestro decano periódico de aquel Fígaro condenado á provocar su sonrisa eternamente, tenga él ó no humor de divertirse á sí ó á los demas. Pero sí puede muy bien haber sucedido que la mayor parte de nuestros lectores no se hayan acordado más de nosotros que nuestra ilustrada junta sanitaria de surtir de medicinas á Madrid. Al ménos tenemos la positiva y halagüeña seguridad de que uno siquiera ha notado la falta de nuestros cándidos párrafos durante tan largo silencio. Este ha sido un aficionado á nuestro papel, encerrado, segun se nos dice, en uno de los

más recónditos rincones de esta monarquía, á trozos regenerada, á trozos oprimida todavía por el oscurantismo, alimaña tan de moda de algun tiempo á esta parte en periódicos y alocuciones. Fírmase el *bachiller*, y dirige al Sr. Fígaro exclusivamente su carta, reducida á un sin fin de preguntas acerca de las circunstancias, á las cuales contestaríamos privadamente, á no dar la funesta casualidad de que olvida nuestro bachiller lo principal, como se usa en el país, y no nos dice el pueblo de su residencia, ni la fecha á que escribe, ni el modo de ponerle el sobre, contando sin duda demasiado con la sagacidad de las redacciones de periódicos. Careciendo, pues, de un medio seguro de hacer llegar á sus manos la respuesta, y siendo, por otra parte, demasiado atentos para dejar á nadie sin ella, porque al fin ni somos santos ni autoridades, que son los únicos que á todo el mundo oyen y á ninguno contestan, nos decidimos á insertar en nuestro gacetín estas letras, ciertos de que allá en la librería del pueblo donde estuviere nuestro corresponsal se las encontrará, quedando de este modo solventada con él la deuda de urbanidad que nos obliga á contraer.

En esto no hacemos sino imitar el ejemplo de un cura catalán, cuyo caso contaremos. Debíale un eclesiástico de un pueblo

de Andalucía una peseta; cantidad que, si bien no era para perdida, debia considerarse como tal, por la dificultad de hacer la remesa á tanta distancia ó de girar una letra de tan módico importe. Escribíale, pues, en vista de esto, el aprovechado clérigo catalan: «Muy señor mio: Con respecto á la cuenta que de la citada peseta tenemos pendiente, he discurrido que por el presente aviso puede echarla en el cepillo de ánimas de la iglesia de ese pueblo, pues yo ya la he sacado del de ésta á buena cuenta; y en paz. Con lo cual queda de V. su afectísimo capellan el cura de.....»

Ahora bien; hé aquí nuestra contestacion al incógnito corresponsal. Mucho me huelgo, señor bachiller de este pueblo, de cuyo nombre mal pudiera acordarme, de haber recibido su carta benévola y preguntona.

Hónrame sobremanera la falta que nota de escritos míos en la Revista; pero ha de hacerse cargo de muchas cosas. Mis artículos, en primer lugar, no han de ser artículos de decreto que se fragüen á un dos por tres y á salga lo que saliere, sin perjuicio de enmendarlos luégo ó de que nadie se cure de obedecerlos. Al fin tengo mi poca ó mucha reputacion que perder. Por otra parte; acaso no sabrá vuesa merced que desde que tenemos una racional libertad

de imprenta, apénas hay cosa racional que podamos racionalmente escribir. Si á esto se agrega, como vuesa merced no tendrá dificultad en agregarlo, que estamos ahora los periodistas tratando de tomar color, para lo cual tenemos que esperar á que lo tome primero el Gobierno, con el objeto de tomar otro distinto, puesto que él se ha quedado con la iniciativa; no se admirará de que callemos nosotros, bien así como él calla en puntos de más prisa y trascendencia.

Ademas, aunque los partes oficiales y los relatos de las sesiones en sustancia no dicen nada, no dejan por eso de ser largos; nos ocupan, por consiguiente, las tres cuartas partes de nuestras columnas, y no nos dejan espacio para nada. Añada vuesa merced á esas causas que yo escribo tan despacio, que cuando estoy sobre mi bufete con la pluma en la mano, no parece sino que estoy organizando la Milicia Urbana, ó tomando providencias contra algun motin.

Por lo demas, aquí, segun usanza antigua, todo va como Dios quiere, y no puede haber cosa mejor, porque al fin Dios no puede querer nada malo. Nuestra patria camina á pasos agigantados hácia el fin para que aquel Señor la crió, que es su felicidad. Por el pronto ya tenemos el uniforme de los señores próceres, que es man-

to azul rastrero, segun las venerandas leyes del siglo xiv, exceptuado el terciopelo que no alcanzaron aquellos estamentos, si bien aquí entra el modificar aquellos venerandos usos segun las necesidades del dia: verdad igualmente aplicable al calzon de casimir, media de seda, hebilla y tahalí, de que nada dicen Pero Lopez de Ayala, ni Zurita, ni el Centon; pero que constituyen con la gola altibaja y demas este nuevo antico-moderno. Tiene su correspondiente espada, su gorro y su enaguilla de glasé. Dicen que cuesta mucho, pero más ha costado llegar á ese punto. Si vuesa merced tiene baraja, como es de suponer, mirando al rey de espadas podrá formar una idea aproximada; y por ende verá que es bonito, y que si bastan, como es de creer, para costearle los sesenta mil reales de proce-razgo, ha de ser curioso el ver á esos señores vestidos y hablando, todo á un tiempo.

Igualmente sabrá vuesa merced cómo todas las vísperas de alboroto, que, segun parece, va á ser el pan nuestro de cada dia, se deberán afeitar como la palma de la mano todos los que tengan bigote, por ser incompatibles estos cuatro pelos con el órden y la libertad racional. Efectivamente que muchas de sus calamidades le vienen al hombre de no saber echar pelillos á la